

**XV CONCURSO DE RELATO BREVE 8 MARZO 2023**

**ESPACIO DE IGUALDAD "ALMUDENA GRANDES"  
AYUNTAMIENTO SAN SEBASTIÁN DE LOS REYES**

**RELATO Nº 14    UNA SANTA**

## Una santa

*Hombres, sus derechos y nada más.  
Mujeres, sus derechos y nada  
menos.*  
Susan B. Anthony  
Sufragista norteamericana

Eres tan dócil y tan servicial, hija, le dijo una vez su padre cuando tenía trece años. Y ella, criatura, pensó que lo de *dócil* era un cumplido. Como si fuera un cachorrito que se deja sobar.

Hoy es su cumpleaños, las imágenes se repiten y superponen. Se ve sentada en ese mismo porche que ha disfrutado y sufrido todas sus edades. Aquí es donde le puso el primer cero a sus años. Entre el mar y el monte, descalza y en camisón, como ahora, su madre le cepilla el pelo rubio: La más bonita de todas las niñas, la más dulce. Y ella siente un latigazo de placer.

En sus recuerdos ve cómo aquella niña de trenza invertida saca su libretita verde, pasa la lengua por la punta del lápiz y escribe una lista de diez cosas que le gustaría hacer antes de cumplir los veinte. Ahora siente aquella época como un decorado: demasiado ordenado y bonito. Demasiado falso.

Pero...

Pero, la agonía de su padre que estuvo nueve años muriéndose, y la demencia prematura de la madre cercenaron su adolescencia. Y como era la mayor y única hija de cuatro hermanos, heredó «el mandato familiar», como lo llamaba la abuela. Y se dejó asfixiar sin ver cómo aquella telaraña doméstica le iba chupando el talento y el entusiasmo. Mientras sus hermanos se enamoraban, escribían tesis, ganaban premios y tenían hijos, ella se dedicaba a acomodarles bien los almohadones a los enfermos de la familia, inmersa en su síndrome de vaca contenta.

Y lo peor fue que todos reclamaron su parte del pastel sin acordarse de sus renunciadas. Sufrió el primer divorcio de un hermano y acabó criándole los mellizos. El arrancarlo de la depresión y del alcohol le costó a ella el único novio que tuvo. Y el que su chelo querido acabara amortajado en una funda en el desván.

A cambio, se convirtió para todos en un «regalo del cielo». Clavados en su olfato están todos los abrazos: gracias, hermana, gracias, tía, eres la más

mega guay del universo. Una auténtica santa, hija. Pero ahora Esther piensa que aquellas zalamerías no eran más que premoniciones maléficas, como cuando las arañas danzan y ciñen en sus sedas a las víctimas, o la serpiente constrictora abraza a la presa.

Y durante casi veinte años, ella, aquella niña *dócil*, igual que los caballos bien domados, soportó en la boca el freno de la brida. Imbécil. Claro, como dijera la filósofa polaca Rosa Luxemburgo, quien no se revuelve, no siente los grilletes.

Y así, sin darse cuenta, ya estaba en los treinta.

Clava la vista en el fregadero donde la asistenta habla sola mientras friega unas ollas. Le entran escalofríos. El desagüe voraz que ha ido engullendo todos sus sueños. Tres veces al día, seis días a la semana, sin un ápice de creatividad, conversando con los estropajos y las sartenes. Lloro. ¿Acaso no le pasa lo mismo a ella con los apósitos, los orines y las escaras? Acaricia las tres cariátides griegas imantadas a la nevera de la cocina y siente ganas de aullar. Mujeres condenadas por milenios a sostener el peso del mundo.

Ella no encuentra respuestas que la absuelvan de semejante rabia. La culpa había sido del olor de aquel joven, sus ojos grises enormes, la voz grave y las promesas de un porvenir juntos. Su tacto. Recuerda que durante meses el mundo dejó de existir. Quería besarlo hasta ahogarse de placer mientras él le repetía: «Ay, Esther, vayámonos lejos. Te están sorbiendo la vida».

Él tenía veintiséis años y era diplomático. Ella acababa de cumplir los veinte. Y sí, se hubiera convertido en insecto para sumergirse con él en una cuba de ámbar, juntos y fosilizados durante millones de años.

«Te están sorbiendo la vida», se repite. En el alpendre busca unas tijeras de podar y se dirige al seto de cornejos del jardín. Siempre le ha gustado la belleza de aquellos troncos de rayas escarlatas y amarillas, pero ahí están los vástagos chupones robándoles la savia: Zas, zas.

Va a la cocina y vuelve con un café en una mano y el diario verde en la otra. Acaricia las tapas desleídas. Intuye, sabe, que entre sus deseos infantiles tiene que estar el de viajar, tocar en una orquesta. Lo sabe porque nunca ha dejado de soñar con eso.

En lo que sí se equivocó fue en querer ser como Jo, la protagonista de *Mujercitas*. Pero no fue hasta los dieciocho, cuando releyó el libro, que se dio

cuenta de la trampa. Qué decepción que su rebelde y admirada heroína terminase siendo tan estúpidamente dócil como sus hermanas. Y como ella. Entonces se juró no acabar con las ilusiones rotas como aquellas mujeres. Igual que su madre. Pilladas como moscas. Por eso, quiere justificarse ahora, se negó a convertirse en una mujer consorte siguiendo al marido por las embajadas de medio mundo. ¿Renunciar a la libertad por amor? No, eso nunca, por muy grande que sea el amor. Pero, ¿qué libertad? ¿La de convertirse en columna como las cariátides?

En su diario sigue entrando y saliendo de la adolescencia. Un auténtico cementerio de utopías. El vuelo frenético de un murciélago, ¿desorientado?, parece querer decirle algo. Abducida, o no, sabe que el vampiro le está pidiendo que rompa con las normas: Sí, Esther, si yo me atrevo a volar de día, tú... Eso la lleva a la valentía de algunas águilas que, cuando sienten su decadencia, deben optar: o bien aceptan morir o se enfrentan a una prueba de auto amputación que durará cinco largos meses. Se refugian en un risco y hacen su nido donde no tengan que volar. Primero, golpean con fuerza sus viejos picos contra las rocas hasta que se les desclavan. Y esperan, muertas de hambre, a que les retoñe uno nuevo con el que puedan desuñar sus garras anquilosadas. Entonces ya pueden arrancarse los canutos pesados del plumaje y aguardar a que reflorézcan para poder seguir viviendo otros cuarenta años.

Y ahora, después de cerrarle los ojos a todos sus difuntos, hasta los muebles parecen incómodos con tanta mansedumbre. Vacía la casa y contempla cómo arde su pasado en la pira del jardín. Sentada encima de la maleta, se enrosca como un erizo alrededor de su chelo. Siente que los árboles lloran su pena, y ella odia la lástima. Pero, de repente, nota cómo la casa pierde su poderío, se rinde para dejarla ir. Tira el diario al suelo; quiere gritar, pero una llamarada en la garganta se lo impide. Recoge el diario y donde pone «antes de cumplir los veinte» lo cambia por «antes de cumplir los cincuenta».

Finalmente sale de la pesadilla, sonrío. El coraje de las águilas se enreda con el suyo propio. Se toca las uñas, duras y fuertes, las piernas flexibles y la dentadura perfecta. Dinero suficiente. ¿Entonces? Piensa en el pánico que debieron de sentir los anfibios al abandonar el agua hace trescientos millones de años. Pero ella tiene una ventaja, hace tiempo que ha desarrollado extremidades.